

carácter. Perdí toda mi alegría, y andaba siempre distraído y pensativo, en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez; pero no pudo dejar de decirme un dia:—En verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto mas adquieres mas deseas. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? Ya no tienes conmigo aquellos desahogos del corazon, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad; antes por el contrario, me tratas con reserva, y ocultas lo íntimo de tu alma. Tambien observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocia.

—Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad: yo ninguna mutacion percibo en mí.—Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos: creeme, eres otro del que eras. Dilo, amigo, ingenuamente ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumplimento; pero hoy ¡qué diferencia! tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria política, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no: de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Me sentí mas ecsasperado que conmovido de sus reprensiones, y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que su pérdida me causase aficcion en el estado en que me hallaba: ademas, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de carácter habia recientemente contraido estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos, cuya mayor parte venian de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos y todos nos creiamos unos personajes muy respetables. ¡Oh fortuna! ve ahí cómo dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoico Epicteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.



LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO I.

Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero: de los pasos que se dieron á este fin.



UNA noche, despues de haber despedido á la concurrencia qu habia ido á cenar conmigo, viéndome solo con Escipion le pregunté qué habia hecho aquel dia.—Dar un golpe de maestro, me respondió: proporcionar á vd. un rico establecimiento; pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio.—¡Hija de un platero! exclamé con aire desdeñoso: ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito, y se está en la corte en cierta altura, me parece se deben tener ideas mas elevadas.—¡Ah, señor! repitió Escipion, no lo creais así. Pensad que el varon es quien ennoblece; y no seais mas delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe vd. bien que la heredera de quien hablo es un partido de cien mil ducados á lo menos? ¿No es este un buen trozo de platería? Cuando oí hablar de una suma tan grande me hice mas tratable. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina.—¿Cuándo quieres tú que la reciba?—Vamos despacio, señor, me respondió; un poco de paciencia. Es menester que trate yo antes del asunto con el padre, y que le haga venir en ello.—Bueno, respondí riendo á carcajadas, ¿todavía estás ahí? Ve por cierto un casamiento bien adelantado.—Mas de lo que vd. piensa, replicó; solo quiero una hora de conversacion con el platero, y respondo de su consentimiento; pero antes de ir mas lejos, capitulemos si vd. gusta. Suponiendo que yo haga recibir á vd. cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán á mí?—Veinte mil, le respondí.—Alabado sea Dios, dijo: yo limitaba vuestro agradecimiento á diez mil. Vd. es la mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana me emplearé en esta negociacion, y puede vd. contar con que se conseguirá, ó yo no soy sino un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dijo: He hablado con el señor Ga-

briel de Salero, que este era el nombre del padre de la niña, y es tanto lo que le he ponderado vuestro valimiento y mérito, que dió oídos á la propuesta que le hice de recibiros por yerno. Será vuestra su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver claramente que sois valido del ministro.—Si no consiste mas que en eso, dije entonces á Escipion, presto estaré casado. Pero tratando de la muchacha: ¿La has visto? ¿es hermosa?—No tanto como la dote, respondió. Hablando aquí para los dos, esta rica heredera no es muy bonita; pero por fortuna á vd. ningun cuidado le da esto.—A fe mia que no, hijo mio, le respondí. Nosotros los cortesanos, nos casamos solamente por casarnos, y buscamos la hermosura en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se halla en las nuestras, la miramos con tanta indiferencia, que es bien merecido el que por ello nos castiguen.

—Todavía no lo he dicho todo, repitió Escipion; el señor Gabriel convida á vd. á cenar esta noche, y hemos quedado en que no le ha de hablar vd. del casamiento proyectado. Debe convidar á muchos mercaderes amigos suyos á esta cena, á la cual ha de asistir vd. como un simple convidado; y mañana vendrá él á cenar con vd. del mismo modo: en esto conocerá vd. que este hombre quiere experimentarles antes de pasar adelante. Convendrá que vd. se contenga un poco delante de él.— ¡Oh! pardiez! interrumpí con aire de confianza, aunque ecsamine lo que quiera, no puedo menos de salir ganancioso en este ecsámen.

Todo se ejecutó puntualmente; hice me condujeran á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era de tan buena pasta que, como solemos decir, se pasaba de cortés. Me presentó la Señora Eugenia su muger, y la jóven Gabriela su hija: yo les hice mil cumplimientos sin contravenir á lo tratado, y les dije mil tonterías en muy bellos términos y frases de corte.

Gabriela, á pesar de cuanto me habia dicho de ella mi secretario, no me pareció fea, ya fuese porque estaba muy bien puesta, ó ya porque no la mirase sino al traves de la dote. ¡Qué buena casa tenia el Señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Este metal se ofrecia á la vista por todas partes en mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente la de la cena, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro, para hacer mas lucido el convite, habia convidado á cinco ó seis mercaderes, todas personas graves y enfadosas, que solo hablaron de comercio, y puede decirse que su conversacion mas bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente tuve á cenar en mi casa al platero; y como no podia deslumbrarle con mi vajilla, recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar



á aquellos amigos míos que hacian mayor figura en la corte, y que yo sabia ser unos ambiciosos que no ponian límites á sus deseos. No hablaron de otra cosa mas que de las grandezas y de los empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo cual produjo su efecto. Aturdido el buen Gabriel de oír sus grandes ideas, se tenia, á pesar de su riqueza, por un mísero mortal en comparacion de aquellos señores. Por mi parte, afectando moderacion, dije me contentaria con una mediana fortuna, como de veinte mil ducados de renta, con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas esclamaron diciendo que haria mal; y que siendo tan querido como era del primer ministro, no debia contentarme con tan poco. El suegro no perdió ni una de estas palabras, y creí advertir al retirarse, que iba muy satisfecho.

Escipion no dejó de ir á verle el dia siguiente por la mañana, para preguntarle si yo le habia gustado.—He quedado muy prendado, le respondió, tanto que me ha robado el corazón. Pero, Señor Escipion, añadió, suplico á vd. por nuestra antigua amistad, que me hable sinceramente. Todos, como vd. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame vd. cuál es el del Señor Santillana. ¿Es jugador? ¿Es cortejante? ¿Cuál es su inclinacion viciosa? Suplico á vd. no me la oculte.—Vd. me ofende, Señor Gabriel, con semejante pregunta, replicó el medianero. Me intereso mas por vd. que por mi amo, y si tuviera algun vicio capaz de hacer á su hija desgraciada, ¿se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no: yo soy muy servidor de vd.; pero en satisfaccion, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para jóven es muy juicioso.—Otro tanto oro, respondió el platero; eso me agrada. Vaya vd., amigo mio; puede asegurarle que logrará la mano de mi hija, y que se la daría aun cuando no fuera querido del ministro.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion, fuí al momento á casa de Salero á darle gracias de la disposicion favorable en que estaba hácia mí. Á este tiempo ya habia declarado su voluntad á su muger y á su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron conocer que se sujetaban sin repugnancia á ella. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Lerma, le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agasajo, y le manifestó la satisfaccion que tenia en que hubiese elegido para yerno á un hombre á quien estimaba mucho, y á quien queria ascender. Despues siguió haciendo el elogio de mis buenas prendas, y dijo tanto bien de mí, que el buen Gabriel creyó haber encontrado en mi señoría el mejor partido de España para su hija. Estaba tan gozoso que las lágrimas se le asomaban. Al despedirnos me estrechó entre sus brazos y me dijo:—Hijo mio, es tanta la impaciencia que tengo de veros esposo de Gabriela, que dentro de ocho dias á mas tardar, lo sereis.



CAPITULO II.

Por qué casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.



DEJEMOS en este estado mi casamiento, porque así lo exige el orden de mi historia, y quiere que cuente el servicio que hice á Don Alfonso, mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y ahora diré por qué causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el gobierno de la ciudad de Valencia, y habiéndolo sabido, pensé en Don Alfonso de Leiva. Consideré que este empleo le vendria perfectamente, y quizá menos por amistad que por ostentacion, determiné pedirlo para él, haciéndome cargo de que, si lo obtenia, me daria este paso un honor escesivo. Me dirigí, pues, al duque de Lerma y le dije que habia sido mayordomo de Don Cesar de Leiva y de su hijo, y que, teniendo grandes motivos para vivirles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese al uno ó al otro el gobierno de Valencia. El ministro me respondió:—Con mucho gusto, Gil Blas; yo me alegro de que seas reconocido y generoso. Por otra parte, me hablas de una familia á quien estimo. Los Leivas son buenos servidores del rey, y merecen bien este empleo. Puedes disponer de él á tu arbitrio, yo te lo doy por regalo de la boda.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fuí sin perder instante á casa de Calderon á hacer estender el despacho para Don Alfonso. Habia allí un crecido número de personas, que con respetuoso silencio aguardaban á que les diese audiencia Don Rodrigo. Atravesé por entre aquella gente, y me presenté á la puerta del gabinete, que me fué abierta, y en él encontré no sé á cuantos caballeros, comendadores y otros sugetos

distinguidos, á quienes Calderon oía por su orden. Era de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacer á estos una ligera inclinacion de cabeza; honraba á aquellos con una cortesía, y los conducia á la puerta de su gabinete, graduando, por decirlo así, el aprecio con que los distinguia por los diversos cumplimientos que empleaba. Por otra parte ví á alguno de aquellos sugetos, que, ofendidos del poco caso que de ellos hacia, maldecian en su corazon la necesidad que les obligaba á humillarse en su presencia. Otros ví que por el contrario se reian entre sí mismos de su aire fantástico y presumido. Por mas que hacia estas observaciones, no me hallaba en estado de aprovecharme de ellas, pues me portaba en iguales términos en mi casa, y ningun cuidado me daba el que se aprobasen ó se vituperasen mis modales orgullosos, con tal que me los respetasen.

Habiéndome atisbado casualmente Don Rodrigo, dejé precipitadamente á un hidalgo que le hablaba, y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron.—¡Ah! amado compañero mio, exclamó, ¿qué asunto es el que me proporciona el gusto de ver á vd. aquí? ¿En qué puedo servir á vd.? Díjele á lo que iba, y en seguida me aseguró en los términos mas políticos, que el dia siguiente á la misma hora se espediria el despacho que yo solicitaba. Su atencion no paró aquí, pues me acompañó hasta la puerta de la antesala, lo que jamas hacia sino con los grandes señores, y allí me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios? decia yo en el camino; ¿qué me anuncian? ¿Si meditará este hombre mi ruina; ó, previendo que declina su favor querrá grangear mi amistad, y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia á cuál de estas conjeturas atenerme. Cuando volví al dia siguiente, me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó en el recibimiento que hizo á otras personas que se presentaron á hablarle: porque á unas trató groseramente, á otras habló con frialdad, y á casi todas descontentó; pero quedaron suficientemente vengadas con un lance que ocurrió y que no debo pasar en silencio, el cual servirá de leccion á los covachuelistas y secretarios que le lean.

Habiéndose llegado á Calderon un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de cierto memorial que decia haber presentado al duque de Lerma. Don Rodrigo no solo miró al caballero, sino que le dijo ásperamente:—¿Cómo se llama vd., amigo?—En mi niñez me llamaban Frasquito, le respondió con serenidad el tal; despues me han llamado Don Francisco de Zañiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa. Sorprendido de esto Calderon, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso disculparse, y dijo:—Señor, per-

done V. E. si, no conociéndole . . . —Yo no necesito de tus excusas, interrumpió con altivez Frasquito; las desprecio tanto como tus modales groseros. Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortesmente á toda clase de personas. Sé, si quieres, tan fantástico, que te mires como el sustituto de tu amo; pero no te olvides de que no eres mas que un criado suyo.

Este pasage mortificó infinito al soberbio Don Rodrigo, quien no obstante, nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Resolví mirar con quién hablaba en mis audiencias, y no ser insolente sino con los mudos. Como el despacho de Don Alfonso estaba ya espedido, lo recogí y se lo envié por un correo extraordinario á este señor con carta del duque de Lerma, en la que S. E. le avisaba que el rey le habia nombrado para el gobierno de Valencia. No le dí parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo de boca, y de causarle esta agradable sorpresa cuando viniese á la corte á prestar el juramento.

